

LOS NIÑOS



EL PICAPEDRERO.

Habia una vez en el Japon, yo le conocí por cierto, un pobre picapedrero, que trabajaba en las canteras y ganaba poquísima cosa, por lo cual no estaba muy contento de su suerte; y esto no debe extrañar á nadie, porque á todos, aunque no seamos picapedreros, y aunque ganemos muchísimo más que los jornaleros, nos suele pasar lo mismo. Tal es la condicion humana, que nunca el hombre ha de estar satisfecho de su suerte y siempre le ha de parecer más favorable y próspera la del prójimo.

Y esta condicion humana, puede con razon decirse que es uno de los principales motivos de los desastres de los pueblos, de las guerras y del malestar social; pero no quiero entristecer á mis queridos niños con estas reflexiones, que ya tendrán

tiempo de hacerlas ellos mismos cuando la infancia no sea para ellos más que un felicísimo recuerdo. Y sigo mi narracion.

— ¡ Ah! exclamaba el picapedrero; ¡ qué feliz sería yo si pudiera un dia descansar sobre un mullido colchon, abrigado con una buena manta!

Un ángel, desde el cielo, oyó la exclamacion del infeliz jornalero, y, con permiso de Dios, le gritó:

— Ya está satisfecho tu deseo, pobre hombre.

Y en efecto, se vió el hombre tendido sobre un colchon de pluma fina, y cubierto con una riquísima manta, que era toda una señora manta, que no la habrá igual en la mejor tienda de la calle de Postas.

Por qué casualidad, vino á pasar por donde se hallaba el picapedrero descansando tan ricamente, nada

ménos que el mismísimo Emperador, precedido de batidores á caballo, llevado en hombros de unos negritos, y rodeado de señorones de la córte, que se disputaban el honor de llevar el quitasol para que el astro del dia no molestase á S. M., y las moscas, moscones y mosquitos no se le acercasen, como en efecto no se acercaban, porque les ofuscaba el brillo de los diamantes de que estaba cubierto el quitasol.

—¡Hombre! exclamó el picapedrero; por cierto que tengo envidia al Emperador, y me gustaria á mí salir como él, con todo ese séquito de personajes y servidores, y sobre todo, tener un quitasol de oro y diamantes como el que usa S. M. ¡Oh! ¡quién fuera Emperador!

—¡Ya lo eres! gritó el ángel.

Y en efecto, vestido de Emperador se vió y rodeado de soldados y generales, lacayos, esclavos y demas gente ordinaria, y sobre su cabeza vió tambien un quitasol riquísimo, que daba gozo verlo, y que sin duda valdria un dineral. Brillaba el tal quitasol de una manera extraordinaria.

El sol, con sus ardorosos rayos, secaba los campos, y el camino, lleno de polvo, ofrecia al flamante Emperador la ventaja de que se le metia el polvo en los ojos y en la boca, y de esto no le podia librar el quitasol.

—¡Canario! dijo; yo creí que un Emperador estaria siempre libre de toda molestia. Les digo á ustedes, decia á sus ayudantes, que el sol es

un sujeto con quien no puede nadie. Ser el sol me parece que es bastante más que ser Emperador, y si yo pudiera, habia de ser el sol, nada más que por el gusto de calentar las orejas á todo el mundo.

—¡Pues ya lo eres! gritó el ángel.

Y en efecto, por muy extraño que parezca, el picapedrero y emperador se habia convertido nada ménos que en el sol, y allá arriba estaba esparciendo sus rayos á su gusto, y tan satisfecho de abrasar las hierbecillas y las mieses de los campos, y los sesos de todos los que caminaban por el mundo.

Pero de pronto, entre él y la tierra se interpuso una nube, la cual rechazaba sus ardorosos rayos, y con la mayor suavidad del mundo les impedia llegar á la tierra.

—¡Esta sí que es buena! exclamó el sol. ¿Cómo se entiende que una nubecilla de mala muerte resista á mi poder?..... Esta es una humillacion que no tolero.

Y en vano procuraba abrir paso á sus rayos á traves de la nube. Ésta no se movia.

—Pues señor, veo que vale más ser nube que sol, dijo.

Y en seguida se verificó la transformacion, y la nueva nube se puso gallardamente entre el cielo y la tierra, y comenzó á verter gotas de agua sobre el campo, y luégo las gotas se convirtieron en una lluvia fuerte y seguida, acabando por enviar trombas de agua que todo lo inundaban, haciendo que los rios y los torrentes se desbordasen.

Nada resistía á la impetuosidad de la lluvia y á la fuerza de la inundación; pero sí, algo resistía; una roca habia perfectamente inmóvil é indiferente en medio de aquel estrago, que ponía espanto en el ánimo más esforzado.

En vano las aguas la azotaban con furor; la roca no sufría nada; las olas espumosas venían á morir allí, sin lograr conmoverla.

—Ya veo, exclamó la nube, que lo más fuerte que hay en el mundo es una roca. Eso es lo que á mí me convendría ser.

Y fué la roca, una roca alta, gallarda, inaccesible, escarpada, invencible á los rayos del sol, indiferente á las lluvias torrenciales y al furioso choque de las olas embravecidas.

Sin embargo, miró y vió á sus piés un hombre chiquitin, de miserable apariencia, casi desnudo, armado de

un pico y un martillo, y aquel hombre, con ayuda de ambos instrumentos, estaba arrancando de la roca trozos de piedra, que separaba á un lado para labrarlos despues.

—¿Qué es lo que veo? exclamó la roca. ¿Un hombre miserable tiene poder para horadar mi seno y sacarme á pedazos la piedra?..... No hay duda, así es. Y esto significa que ese hombre es más poderoso que yo. Pues yo quiero ser ese hombre.

—Lo eres, exclamó el ángel.

Y el pedazo de carne con ojos volvió á ser, como habia sido siempre, un pobre picapedrero, que tenía que trabajar mucho para ganar poco, pero que ya estaba contento de su suerte, y no pensaba en volver á ser emperador, ni sol, ni nube, ni roca.

Y alababa á Dios, que le permitía ganar el pan honradamente.

EN EL CLAUSTRO DE LOS MUERTOS (1).

(AL SR. D. JOSÉ MONTAÑA.)

Ven hoy ¡oh noble amigo!
Al claustro de los muertos,
Á meditar conmigo,
Sobre despojos yertos,
Cuál desaparece efímera
La vida del mortal:
Pensando en los varones
Que edad mejor lograron,

Tomemos sus lecciones,
Al ver cómo pasaron,
Para evitar solícitos
La gloria terrenal:

En esa edad, su ciencia
Rica doquier brillaba:
Raudales de elocuencia
Su espíritu brotaba;
Y á su palabra atónito
Se vió el mundo tal vez.

(1) Nuestros lectores verán con mucho gusto esta bella poesía, que nos ha facilitado un amigo para honrar las columnas de nuestra *Revista*.

Hoy, mudo ya su labio,
Yacen en triste olvido,
Sufriendo el torpe agravio
Del que, á la fe perdido,
Huella las losas fúnebres,
Hollando su altivez.

De esos anacoretas,
Artistas y doctores,
Músicos y poetas,
¿Qué fueron los primores?
¿Dó el pueblo está qué intrépido
Tras de su voz corrió?

Silencio pavoroso
De tumba solitaria
Sucede al són gozoso
De gloria, al fin precaria,
Con que su genio en vítores
El mundo celebró.

Y hasta Sigüenza, faro
Del rey Felipe un día,
Duerme bajo el amparo
De ruda losa fría
Do acaso mozo frívolo
Se burla de su fin,
Y, en ademan resuelto,
El ámbito atraviesa
Donde, en sudario envuelto,
Honra una angosta huesa,

De Herrera amigo y émulo,
El gran Villacastin.

¿Qué es esto, pues, Montaña?
¿Así la humana gloria,
Cual sombra vil que engaña,
No deja ni memoria
De los insignes méritos
Que el genio conquistó?
¿Sumido en huesa oscura,
Ve disiparse el hombre,
Centella que fulgura,
La fama que á su nombre
Rindió, tal vez sin límite,
La edad en que vivió?

Pues si voluble el mundo
Nos paga así en la muerte,
Sólo desden profundo
Tengámosle, de suerte
Que no pueda tiránico
Llevarnos de él en pos.

Y en la mansión del cielo
Fijando nuestros ojos,
Partamos de este suelo,
Que espigas da y abrojos,
A donde paz beatífica
Brinda á sus hijos Dios.

JOSÉ JOAQUIN DE CAFRANGA.

Monasterio del Escorial, 1873.

PERICO VALIENTE.

(CUENTO.)

Habia en cierto tiempo, y allá en tierras muy remotas, un muchacho, travieso y temerario como él solo, muy dado á todo género de aventuras y á meterse en todo lo que le importaba y en lo que no le importaba. Llamábase Perico, y por sus cua-

lidades de osado y aturdido, las gentes le habian dado el nombre de Perico Valiente. ¡Y vaya si estaba el muchacho ufano con este sobrenombre, que halagaba su vanidad!

Por no desmerecer de él, no habia camorra en que no se metiera, ni

empresa arriesgada que le pareciera insuperable para su impetuoso arrojo. Siendo muy niño habia quedado huérfano, y por eso creo yo que se habia desarrollado más su natural

travesura; porque si hubieran vivido sus padres, tengo para mí que hubiesen procurado corregir en su carácter tan peligrosas inclinaciones, y le habrían atado corto para que no



Levantó furioso la maza... (Pág. 248.)

se metiera en cuestiones, de las cuales, por milagro de Dios, no salía con las manos en la cabeza.

Pero aunque aturdido y casquivano, Perico Valiente era un muchacho de muy buenos sentimientos, franco y leal, amigo de servir y so-

correr á sus amigos, sobre todo en cualquier lance peligroso. Otra buena cualidad tenía, que en cuanto veía una disputa ó una pendencia se entrometía en ella para tomar la defensa del más débil, y nunca consintió que delante de él se atropellára

la razon, ni el que se consideraba fuerte se burlára del tímido y apocado.

Sucedió, pues, que al pueblo en que vivia Perico llegó la fama de un tremendo gigante, que era el terror de una comarca lejana. Decíase que el tal gigante tenía cuarenta piés de altura, que ya es una estatura regular, y que era grueso y robusto en proporcion, como que su brazo, por la parte más delgada, era más recio que el cuerpo de un hombre.

Y no era lo peor que tuviera tal corpulencia y unas fuerzas colosales, sino que tenía el alma atravesada, como Caín, y era perverso y sanguinario. Hacia daño únicamente por gusto de hacerlo, incendiaba y robaba los caseríos y las aldeas, y asesinaba á todos los pasajeros que tenían la desgracia de ponerse al alcance de su vista. Para esto se servia de una maza terrible, que no se le caia de la mano, y con la cual, de cada golpe convertia á un hombre en tortilla.

Cuando esto oyó contar Perico Valiente, se llenó de indignacion y dijo que iba á hacer un viaje á propio intento para buscar al gigante y desafiarse y matarle allí donde le encontrára.

Mucha risa causaron las bravatas de Perico á todos cuantos las oyeron, porque era, en efecto, la más temeraria locura imaginar que un hombre se atreviera á hacer frente á un monstruo de tan colosales proporciones, que sólo con un pié podia aplastar al más pintado; y oír que se

reian de él como poniendo en duda su invencible arrojo, fué lo bastante para que Perico se irritára y jurase sobre la cruz de su espada no entregarse al ocio ni á ninguna distraccion hasta dar con el gigante y provocarle á duelo, y matarle, y pasear su cabeza por todo el país.

Perico no se detenia nunca á reflexionar sobre un intento que concebía; no era tan pronto en él pensar una cosa, como ponerla en práctica, sin mirar si en ella habia poco ó mucho riesgo. Aquella misma tarde, sin atender á las reflexiones de algunas personas juiciosas que trataron de disuadirle de tan descabellado intento, en el cual caminaba á una muerte segura, tomó su mejor espada, que tenía varias, dió un silbido á su perro *Temerario*, y seguido de él emprendió el camino que conducia á la comarca en que el gigante se ejercitaba en sus sangrientas fechorías.

Por supuesto, que el gigante Balandron se estaba muy descuidado de que tan temible enemigo se le venía encima. Hallábase á la sazón entre unas montañas muy elevadas, por enmedio de cuyos desfiladeros pasaba un camino muy frecuentado de traginantes, y en el más estrecho de aquellos desfiladeros pasaba agazapado la mayor parte del día, oculto tras de unos grandes peñascos, y apenas veia acercarse algunos viajeros, salia como una fiera hambrienta de su escondite, los aplastaba con un par de mazazos, y luego solia merendárselos asados, porque

la carne cruda no le hacia gracia.

Y para que se vea lo perverso que era, y que todo su gusto consistia en hacer daño, aunque de ello no le viniera utilidad alguna, referiré una de sus infinitas fechorías. En un huequecito de un peñasco elevado habian construido su nido con mil afanes dos inocentes golondrinas, y allí, con solícito cuidado, estaban criando á sus hijuelos. Era un gozo oír sus alegres cantinelas y ver cómo giraban con vuelo rápido yendo y viniendo á lo largo del camino. No les habia ocurrido á los pobres animalillos molestar en lo más mínimo al gigante, ni de su maldad temian nada; pero el perverso Balandron, que se apercibió de la vecindad de aquellas inocentes, fijó sus miradas en el nido, y sin andarse en miramientos dió un brinco, derribó el nido de una manotada, aplastó á los golondrinillos, y como quien caza moscas en el aire dió una garfada para apoderarse de las golondrinas, que espantadas habian echado á volar: sólo alcanzó á una de ellas, que sufrió la misma suerte que los hijuelos; la otra pudo salvarse, y todo el dia lo pasaba volando de peña en peña, quejándose con lastimero canto de la pérdida irreparable de su querida familia. Fíjense mis lectores si aquella pobre golondrina aborreceria al desalmado Balandron.

Volviendo ahora á Perico Valiente, á quien dejé en el camino sin más compañía que su perro Temerario, diré que seis dias llevaba de viaje cuando avistó la cordillera de mon-

tañas en donde supo que se guarecia el gigante, por aviso de unos aldeanos que le detuvieron en el camino, aconsejándole que se volviese atras si no queria perecer entre las garras de aquel descomunal coloso.

Rióse Perico, muy satisfecho cuando esto le contaron, y respondió:

— ¡Giganticos á mí!... Ya verán ustedes, buenas gentes, lo que yo tardo en dar cuenta de ese terrible monstruo que tanto les acobarda, y pronto se sabrá en este país quién es Perico Valiente.

Esto diciendo, y sin hacer caso de los consejos de aquellas gentes, que le tomaron por un loco, enderezó Perico hácia la montaña sin torcer el camino, y no habian pasado dos horas cuando ya se hallaba en lo más fragoso del monte, muy cerca del sitio en que Balandron, sentado sobre un peñasco, se entretenia en roer los huesos de un pobre arriero que acababa de almorzarse.

Perico, que no conocia el miedo, iba cantando á garganta tendida, de manera, que mucho ántes de que se acercára adonde estaba el gigante, éste se habia apercibido de que se le presentaba ocasion de sacrificar una nueva víctima. Balandron tomó su maza, que la tenía entre las piernas, se puso de pié, y de un brinco se plantó en medio del camino. Perico descubrió entónces á su formidable enemigo, estiró los brazos para asegurarse de que tenían la suficiente elasticidad, sacó su larga tizona, y llamó á Temerario, diciéndole, como si pudiera entenderle:

—Vamos á ver, Temerario, vas á coger carrera y te vas á agarrar á una de las pantorrillas de ese truhan, que por fortuna las tiene desnudas, y no le soltarás hasta que yo te lo diga.

Adelantóse luégo con serenidad, y en aquel momento sintió que pasaba casi rozando con su cabeza una golondrina, lanzando un quejumbroso grito.

Cuando Balandron vió acercarse á su diminuto adversario tan arrogante y satisfecho, á pésar de que era muy ceñudo, le entró una gran tentacion de risa, y exclamó, apoyándose en su maza:

—¿Adónde vas, muchacho, con ese aire de maton?

—A cortarte la cabeza, truhan, para clavarla en el pico más alto de estas montañas.



Se llenó la galería de niños y niñas... (Pág. 250.)

—Vaya, vuélvete, chiquillo, que te perdono en gracia de la travesura, y cuenta que serás el primero que escape libre de mis manos.

Pero el osado Perico, sin hacer caso, siguió adelante blandiendo su espada. Al mismo tiempo, Temerario se lanzó á la carrera, y dando un brinco terrible, se agarró como un alano á una de las pantorrillas del gigante.

Al sentir éste tan agudo dolor, levantó furioso la maza para descar-

garla sobre la cabeza de Perico, y mal lo hubiera éste pasado si en aquel mismo instante la golondrina, que revoloteaba alrededor de la cabeza del gigante, no se hubiera lanzado de improviso al ojo derecho de Balandron, con tal coraje, que de un picotazo se lo vació.

Tal fué el dolor del gigante, que perdido el tino, el golpe de la maza que descargó dió en la tierra, levantando una gran polvareda, en lugar de dar en la cabeza de Perico Va-

liente, y perdido el equilibrio al dar el golpe en vago, Balandron cayó de bruces cuan largo era, lanzando un espantoso juramento. No fué tan pronto verle en el suelo, cuando Perico saltó á caballo sobre el cuello del gigante, y sin darle tiempo á que se moviera, le clavó con gran coraje la espada por entre la paletilla izquierda con tan buen tino, que la punta le llegó al corazon, y lanzando un espantoso alarido que hizo

temblar los peñascos, el feroz Balandron despidió su alma impura.

Perico Valiente se levantó entónces muy satisfecho, y lo primero que buscaron sus ojos fué á la atrevida golondrina, sin cuyo oportuno auxilio hubiera sido aplastado seguramente. La golondrina, airosamente colocada en la punta de un peñasco, parecia ufanarse de su triunfo, y con sus gorjeos alegres parece que decia al sangriento cadáver del gigante:



Los tres niños se pusieron á llorar. (Pág. 251.)

—Ya has visto, infame asesino, cómo en el mundo no hay enemigo pequeño.

En cuanto á Temerario, se habia sentado muy tranquilamente cerca del gigante, y le miraba de hito en hito, como diciendo:

—Verdaderamente; hemos vencido á un terrible enemigo.

Perico cumplió su palabra; cortó la cabeza al gigante, y aunque quiso llevarla clavada en la punta de un palo largo que cortó de un árbol, no podian sus manos sostener tanto

peso, y tuvo que contentarse con llevársela rodando, habiéndola atado por los cabellos con el cinto de su espada.

Los lugareños, que le habian seguido muy de léjos, y desde una alta cresta vieron con asombro lo ocurrido, bajaron á la carrera, abrazaron á Perico, y en triunfo lo llevaron al pueblo más cercano, sin olvidar, por supuesto, la cabeza del gigante. La fama de lo ocurrido se extendió por todos los contornos, y tantas fueron las dádivas y los presentes que de

todos los pueblos llevaron á Perico Valiente, que cuando éste volvió á su país llevaba dos mulos cargados de dinero. Desde entónces, á Perico

ya nadie le llamó Valiente; se le llamó Perico el invencible.

P. D. MONTES.

EL QUE ALGO QUIERE, ALGO LE CUESTA.

(Conclusion.)

Fernando y Gustavo se volvieron á la sala de estudio preocupados con lo que pasaba en el taller.

—¡Vén, Gustavo! exclamó Fernando, que se habia aproximado al balcon.

Gustavo acudió adonde estaba su hermano.

— Son nuestros primos, que vienen con nuestro tio Ricardo.

—¡Es verdad!

—¡Y tia Rosario con nuestras primas!

—¡Mira á Fernando y Consuelito con su papá!..... ¡Qué bonita viene con su vestido blanco!

—¡Y Andres!

—¡Y Asuncion!

—¡Y Ernesto!

—¡Y Luisa!

—¡Es una sorpresa que nos han querido dar! ¡Cuánto nos vamos á divertir!

Y Gustavo brincaba lleno de alegría.

En esto aparecieron el aya y Elvira y Matilde, vestidas con sus trajes más bonitos.

Enseguida la puerta del taller se abrió completamente.

Los cuatro niños lanzaron un grito de admiracion; el taller estaba completamente iluminado, y várias mesas se encontraban llenas de confituras de todas clases.

Los cuatro hermanos quisieron penetrar en el salon, pero el aya los detuvo.

—Ya entrarán los que deban entrar.

Enseguida se llenó la galería de niños y niñas de todas edades, desde tres años hasta catorce.

—¡Buenos dias, Elvira! ¡Buenos dias, Matilde! ¡Buenos dias, Fernando! ¡Buenos dias, Gustavo! exclamaron todos á la vez.

Los cuatro anteriormente nombrados se mezclaron con los recién llegados.

—Colóquense los niños á la izquierda y las niñas á la derecha, y presenten todos sus billetes, dijo el dueño de la casa.

—¡Presentar los billetes! exclamaron riéndose Fernando y Gustavo.

— ¡Sí; el que no presente el billete no entra, contestó la mamá de los niños.

— ¡No se entra sin billete! dijeron los dos hermanos, creyendo que aquello era una broma.

Pero su sorpresa fué grande cuando vieron que todos tenían alguna cosa en la mano; los niños un rollo de papel; las niñas un bordado.

Don Carlos Guzman estaba en la puerta por donde entraban los niños, y su señora en la destinada á las niñas.

— Muy bien, hijo mio, dijo el padre de Gustavo, recogiendo un dibujo que le entregó el primero que se presentó, tú puedes entrar.

— Pasa, querida Magdalena, dijo la señora de Guzman, dirigiéndose á una niña que le presentó un bordado.

Y así continuaron pasando todos, despues de entregar el trabajo que les habian exigido para poder asistir á la fiesta.

Al fin no quedaron en la puerta más que un niño de once años, llamado Luis, y Fernando y Gustavo.

— Veamos la muestra de tu estilo epistolar, dijo el Sr. de Guzman á Luis.

— Como tenía mucho que hacer esta semana no he podido escribir la carta que me encargó V.

— En ocho dias se puede escribir muy bien una carta.

— No he podido, querido tio.

— Pues lo siento, pero no puedes entrar. Despues, dirigiéndose á sus hijos: ¿Y vosotros, no habeis tenido

tiempo tampoco? ¿En dónde están las planas?

— Están en la sala de estudio, contestó Fernando.

— Pues traedlas.

Los dos niños se fueron un tanto cabizbajos en busca del trabajo que les hemos visto ejecutar.

Al cabo de un instante volvieron con las planas.

— ¡Vaya unos palotes mal hechos, todos torcidos! Decididamente se quedan ustedes en la puerta.

La señorita Susana tomó entónces la palabra:

— Muchas veces les he dicho que trabajáran, pero no han querido hacer caso.

— Bueno, pues así no olvidarán para otra vez que *El que algo quiere, algo le cuesta*.

Los tres niños se pusieron á llorar.

Pero, á pesar de sus lágrimas, se cerró la puerta del salon, y la fiesta empezó enseguida.

— ¡Cómo se divierten! dijo Fernando sin dejar de llorar.

— Y cuántos dulces van á comer, dijo Gustavo.

— Y cuántos pasteles, añadió Luis.

— Y despues irán á ver los elefantes, murmuró Fernando suspirando tristemente.

— Tú has tenido la culpa, dijo Gustavo; si no hubieras empezado á jugar.....

— Tú tambien jugabas.

— Tengo una idea, dijo Luis.

— ¿Y para qué nos sirve una idea? dijo Fernando con desden.

— De mucho; mi tio me encargó

que le escribiera una carta, y á vosotros que hicierais una plana de palotes.

— Sí, dijo Gustavo.

— Pues bien; hacemos lo que nos ha mandado, y le quitamos así todo pretexto para dejarnos á la puerta.

— Muy buena idea; despues de todo, cuando quiero la escribo bien y pronto, dijo Fernando.

— Yo echo una media hora en escribir una carta, dijo Luis.

— Pues vamos, añadió Gustavo.

Y los tres niños se pusieron á escribir con el mayor afan.

Cada exclamacion de alegría que se escapaba de la sala del baile no hacia más que aumentar su entusiasmo.

Bien pronto concluyeron los tres su trabajo y se fueron á llamar á la puerta del salon.

Por más que llamaron, nadie abria.



Y los tres empezaron á tocar... (Pág. 253.)

Evidentemente habian decidido no abrir.

— ¿Qué harémos? dijo Fernando.

— No es muy agradable estar aquí miéntras los otros se divierten, dijo Gustavo.

— Y comen ricos pasteles.

— Nosotros tambien los comerémos, dijo Luis.

— Sí, á traves de la puerta, añadió Fernando.

— No; los comerémos como todos los demas; pero *el que algo quie-*

re, algo le cuesta, como dice mi tio.

— Ya lo verás cómo no los comerémos, respondió Gustavo casi llorando.

— Traigan ustedes, si tienen, trompetas y tambores, y todos los instrumentos que tengais.

— Bueno, dijo Fernando; voy por ellos.

Al cabo de un instante volvió con un tambor, una corneta y una caraca.

— Tú toma el tambor, le dijo Luis

á Fernando; tú la carraca, dijo á Gustavo, y yo la corneta; verémos si no se deciden á abrirnos. ¡Vamos, armemos el mayor ruido posible!

Y los tres empezaron á tocar desahoradamente, armando un estrépito descomunal.

Al fin se abrió bruscamente la puerta, y apareció el padre de los dos niños.

Los músicos continuaron.

—¿Quieren ustedes callar? dijo el señor de Guzman tapándose los oídos.

—Tío, como no queria V. abrirnos...

—¿Por qué no han hecho ustedes lo que les habia encargado?

—Ya lo hemos hecho, dijo Luis, al mismo tiempo que presentaba un papel.

—Veamos, dijo su tío.



Los tres niños entraron en el salon... (Pág. 254.)

El papel decia lo siguiente:

« MIS QUERIDOS TIOS:

» El que algo quiere, algo le cuesta.

» Lo que nos cuesta y nos duele á nosotros, á mis primos y á mí, es haber desagradado á ustedes, y lo que queremos es que ustedes nos perdonen nuestra pereza.

» Ama á ustedes mucho su sobrino,

LUIS. »

El señor de Guzman dobló la carta y se puso á examinar las planas.

—No están mal; pero es algo tarde, dijo.

—Es que los instrumentos no se querian poner de acuerdo, y por eso hemos tardado más, respondió Luis riendo.

—¡Vaya un concierto! pero no hablemos más; adelante, y dejad los instrumentos en el guardarropa.

Los tres niños entraron en el sa-

lon, aumentando la alegría de los convidados con su presencia.

Así pasaron las horas llenos todos de la mayor alegría, brincando, gritando y comiendo exquisitos pasteles y riquísimos dulces, hasta que la señora del pintor exclamó:

—¡Vamos, niños, ya es hora de ir al Circo!

A estas palabras respondieron mil

alegres exclamaciones, y reinó un momento de confusión, mientras los convidados buscaban sus sombreros y sus abrigos.

En seguida se precipitaron por la escalera, y después en los coches, que los esperaban á la puerta.

Fernando y Gustavo marchaban delante de todos gritando: ¡Al fin vamos á ver á los elefantes!

EN LA CUNA.

(Á GUILLERMINA CAMPOAMOR.)

Hija de mis entrañas,
Duerme tranquila,
Que te arrulla tu madre
Con sus caricias.
Duerme, hija, duerme,
Y ¡quiera Dios que al llanto
Jamás despiertes!

¡Qué hermosa está en la cuna!
¡No veis acaso
La sonrisa inocente
Que hay en sus labios?
¡Ah! tal vez sueña
Que blancos angelitos
Con ella juegan.

¡No hagais ruido!..... dejadla,
Que es grato el sueño
Cuando no le perturban
Fantasmas negros.
Todos los niños
Son ángeles al mundo
Recienvenidos.

Duerme, hija, que tu madre
Vela tu sueño
Para que si despiertas
No tengas miedo;
Que en el camino

De la vida se encuentran
Muchos peligros.

Ella te dirá, en siendo
Más grandecita,
Que hay celos y rencores,
Dolo y perfidia.....
Y que en su pecho
Suele guardar el hombre
Mucho veneno.

Si algun dia, extraviada
Por el camino,
Arrastrar te dejases
Al precipicio,
Más te valiera
Ir pidiendo limosna
De puerta en puerta.

Pero aún tienes madre,
Angel del cielo,
Que sabrá conservarte
La paz del sueño.
Duerme, hija, duerme,
Y..... ¡quiera Dios que al llanto
Jamás despiertes.

B. ACEVEDO Y HUELVES.

Noviembre de 1873.

ANÉCDOTAS MORALES.

El hijo de un opulento comerciante de Cádiz se habia entregado á todos los excesos, huyendo de la casa paterna, despues de dar cien mil disgustos á su pobre padre: el anciano desheredó al hijo ingrato, y murió poco despues, siendo la conducta de aquél la causa de su prematuro fin. Jacinto, que así se llamaba, sabedor de la muerte de su padre, conoció la enormidad de sus faltas, se arrepintió y propuso enmendarse. A su noticia llegó que habia sido desheredado, y acató humildemente la voluntad de su padre, persuadido de que el castigo era merecido. Ni una queja dejó oír á cuantas personas le hablaron del asunto.

Noticioso su hermano Enrique del cambio de costumbres del ántes extraviado mozo, instruido de su humildad y de que se hallaba trabajando en un humilde oficio para comer, fué á buscarle, le abrazó y le habló en estos términos:

—Hermano mio, nuestro padre me nombró en su testamento su heredero universal, pero sólo quiso excluir al hijo que era entonces un vicioso y un ingrato, pero de ningun modo al que es hoy hombre de bien, trabajador, y está arrepentido de sus faltas. Y partió con él la herencia de su padre.

* * *

En 1585 naufragaron las tropas portuguesas que iban á las Indias. Parte de ellas llegó á la Cafrería y otra parte se embarcó en una nave construida con los restos del buque. El piloto, notando que la embarcacion iba demasiado cargada, hizo presente al jefe, Eduardo Mello, que iria á pique si no se arrojaban al agua doce personas.

Echáronse suertes, y tocó, entre otros, á un soldado que tenía un hermano que le acompañaba. Este hermano se presentó á Mello y le pidió ocupar el puesto del destinado á perecer.

—Mi hermano, dijo, vale y sirve para más que yo; alimenta á mis padres y hermanas: si le pierden morirán de hambre. Respetad, señor, su vida, respetando la de mi hermano, y dejad que yo muera. Mello consintió, y el pobre jóven fué arrojado al agua.

Siguió el cuitado la nave, nadando por espacio de seis horas, y al cabo la alcanzó. Le amenazaron con que le matarian si intentaba introducirse en ella; pero el afán de vivir le hizo despreciar la amenaza. Se acercó, quisieron herirle, pero él, hallando fuerzas en su misma desesperacion, se abalanzó á la nave y entró. Mello se compadeció de él y le conservó en la nave. Y así salvó el valiente jóven la vida de su hermano y la suya.

* * *

Antístenes, filósofo ateniense, que era sumamente orgulloso y presumido, y tenía grande afán de singularizarse, y siempre andaba buscando medios de lograr su deseo, vendió un dia todo cuanto tenía, y sólo se quedó con una capa vieja y rota, llena de más sietes que la lista de la lotería.

Sócrates le encontró un dia en una de las calles de Atenas, y al verle vestido de aquella extraña manera, dándose tono con su capa, se sonrió y le dijo:

—Adios, hombre, bien se ve tu vanidad y tu soberbia á traves de los agujeros de tu capa.

ERRATA. En la fábula *Los aduladores*, inserta en el número anterior, hay una que conviene rectificar. En la última estrofa, donde dice *sastifaga*, debe decir, como habrá comprendido el lector, *satisfaga*.



Á LOS NIÑOS SUSCRITORES.

Suplicamos á nuestros queridos niños abonados que respetuosamente rueguen á sus papás que se sirvan renovar la suscripcion á Los Niños, que termina á fin de año.

Porque habeis de saber que á los suscritores que renueven su abono por el año próximo, la Direccion de Los Niños les hará un regalito muy bonito en Enero próximo. En el número inmediato se dirá en qué consiste este bonito y útil regalo, que os ha de gustar mucho.